

cenario irónico, siempre presto á la fuga. Juventud, si no pones poesía en tu juventud, tu amor será el pobre pájaro que, con el ala cortada, se arrastra por la arena. Siempre y en todas partes habrá poesía: en el placer y en el dolor, en el hogar doméstico y en la vida pública, en el vestido y en la morada, en el trabajo y en el juego, en los sentimientos y en las doctrinas, en las instituciones y en las costumbres, en todos nuestros pensamientos y en todas nuestras obras. No cerremos sus puertas de oro, pues tras ellas vemos los espacios libres, y por ellas nos llegan los soplos puros y las reconfortantes claridades.»

A medida que prosigo la descripción de este realismo inferior que desazona y desflora nuestras almas y nuestras costumbres, me siento invadido por un escrúpulo. Aquellos de vosotros que no seáis materialistas, que acaso seáis idealistas ó creyentes, ¿qué podréis concluir de mis palabras si no es que vivís sumidos en un medio deletéreo y que camináis entre contemporáneos de bajas aspiraciones y groseros instintos? Y entonces ¿no correréis el peligro de oír cómo sube desde el fondo de vuestros corazones la *plegaria del fariseo*? El peligro es grave y siempre amenazador. Para preservaros de él, dejadme ahora dirigiros observaciones más directas, casi diría más personales, y cuya saludable é indispensable aplicación os ruego creáis que no dejo de hacerme á mí propio. ¿Habríamos venido aquí

para hacer examen de conciencia por cuenta de los demás, hablando del materialismo en las costumbres [de los que no están aquí, de su desprecupación, de su mediocridad moral, de su falta de fondo y de carácter, de su busca de la vida fácil, de su culto de la sensación y del dinero? En tal caso, mal trabajo habríamos emprendido. Os hago el honor de suponer lo contrario. Más de uno de vosotros, seguramente habrá pensado en lo secreto de su alma: *¿No estaré quizá tocado del mal descrito aquí?* Y si se ha planteado esta angustiosa cuestión, no ha hecho más que cumplir con su deber. Si debe haber alguna esperanza de remontar la costa, esta esperanza ¿no se fundará en las reservas de una vida mejor que se conservan en ciertos medios? En todas las épocas ha habido medios que han permanecido sanos y con los cuales se ha contado para impedir que la masa total se corrompiese. Recordad la frase: *Vosotros sois la sal de la tierra*; pero ¿y si esta sal perdiese su sabor?

El que os habla debe, á la verdad, hacer la declaración siguiente: El peligro, el verdadero peligro, el único definitivo, no es que haya materialismo en ciertos medios inferiores que no conocen algo mejor, y en que padres é hijos son educados como brutos y llevan en la sangre instintos de bestia. Lo que encuentro temible es que en los medios reputados buenos, en los medios que hacen profesión de idealismo filosófico ó religioso, exista tam-

bién el materialismo práctico. Que ciertas gentes tengan por Dios á su vientre ó se prosternen ante el becerro de oro, es lógico y parece tan natural como ver á un águila desgarrar su presa ó á una fiera reposar en paz mientras digiere los restos de su víctima. Pero lo que hay que considerar como prodigioso, lo que es grave y destructivo para una sociedad, es que los hombres que tienen á Dios por Dios sean también servidores del vientre, y que los que tienen á lo menos un ideal (aunque no un Dios propiamente dicho), sean también *cosistas* que subordinan los valores del alma á los valores del mercado. Que los que saben lo que es amor y que de este hilo pende todo el destino de la raza, se casen y casen á sus hijos sin preocuparse en primer término del amor y de los intereses del corazón; que los que comprenden lo que es una conciencia, un hecho de conciencia, sean servidores del número y proclamen como verdad lo que dice la gran masa metalizada, exactamente como el señor de Bouxwiller hacía general al más gordo de sus súbditos: he aquí lo que me parece, no sólo un escándalo (pues el escándalo es después de todo una cosa exterior que puede provocar reacciones saludables), sino una dolencia de la substancia profunda de nuestro orden social y una de esas contradicciones interiores y disolventes que ocasionan en la base misma de la sociedad desolaciones espantables. Aquí es el lugar de recordar la frase

del Evangelio: *Si esto se hace con el árbol verde, con el seco ¿qué se hará?*

El materialismo práctico instalado en casas donde se reza por la mañana y por la noche, se afirma un catecismo y se tiene por divisa un ideal, es mucho más peligroso que en las casas donde no se sabe si hay un Dios. La mediocridad moral, la falta de valor, el dejar ir, la cultura de la galería, es mucho más funesta en los que interiormente rinden homenaje á la grandeza de alma de los antiguos estoicos y de los mártires cristianos, en aquellos que han conocido una humanidad más alta que la turba que ciegameamente sacrifica en los altares del realismo inferior. Temo que en gran medida no padezcamos nosotros mismos este mal; y en tal concepto, no hay por qué reunirse para admirarse del materialismo que existe en las costumbres de algunos, á semejanza de esos extranjeros hipócritas que vienen á buscar los placeres de la capital francesa, pero de vuelta á su país exclaman: «París es una Babilonia». Lo que hay que hacer es examinarnos á nosotros mismos, á fin de reconocer si no vivimos sobre un cálculo de engaños. Adornarse con creencias religiosas como con joyas ó bagatelas, llevar como un manto hermoso principios de humanidad y proceder en la práctica como si todo eso no tuviese realidad alguna, he aquí la verdadera y odiosa llaga por donde se agota nuestro vigor. Ahora bien: por doquiera se da este

género de materialismo, que llena la atmósfera y la hace irrespirable; se da en el amor y en el matrimonio, entre el padre y el hijo, entre el marido y la mujer, en los pequeños y en los grandes, en el arte y en la literatura, en el patriotismo y en la religión.

Pero esto dicho, y habiéndonos mostrado pesimistas lo necesario, dirijamos nuestras miradas hacia otras regiones, hacia el lado de la noche que parece transparente. Y ante todo, debo decirlo en honor suyo, este tiempo no está satisfecho ni seguro de sí, antes tiene conciencia de su mal. La mejor de sus almas está destrozada. Si vemos triunfar el realismo inferior y proclamar el orgullo del dinero, el triunfo de la bestia, el cinismo de los apetitos y de la fuerza bruta, no es que por ahí vayan nuestro amor, nuestro respeto, nuestra consciente admiración. Hemos medido la nada de las grandezas de carne y el abismo que separa al hombre del objeto ó á la persona de la cosa. Y aunque ninguno de entre nosotros se sienta capaz ni autorizado para levantar el velo de los grandes misterios, tenemos el presentimiento de que llevamos en nosotros mismos su valor esencial y su inestimable tesoro.

Creo poder afirmar que jamás se ha establecido tan bien y de una manera tan universal ante la conciencia de una época que lo que tiene más valor bajo la cúpula de los cielos es el elemento humano en su fondo sagrado é intangible. No soy de

los que intentan elevar el hombre sobre un pedestal, á fin de que se tome á sí mismo por una especie de semidiós: estas especies de semidioses tornanse generalmente locas de su grandeza y caen por debajo del animal. Y sin embargo, no somos capaces de ideal, de progreso verdadero y vida superior, sino en la medida en que sabemos discernir lo que hay de inimitable y maravilloso en la vestidura humana. El desprecio del hombre es la calamidad suprema. Implica el desprecio de Dios mismo, que no nos es accesible más que por nuestra propia substancia. Implica el desprecio de la obra universal, tanto como de la tarea por la cual nos asociamos á ella. Honrar al hombre es honrar á Dios. Inclinarsé piadosamente ante la madre de todos, doliente á la vez y sublime, la humanidad, y hacer beneficiar á cada uno de sus hijos, sobre todo al más desheredado y al más débil del respeto que la profesamos, es un acto de fe, el acto de fe por excelencia. Ahora bien: cualquiera que sea la incertidumbre que exista todavía en la orientación religiosa de este tiempo, una cosa puede afirmarse con seguridad tranquila: que nunca el carácter sagrado de la persona humana ha sido tan profundamente sentido como por la conciencia moderna: nunca sociedad alguna ha comprendido mejor los justos respetos que merece un alma. En la historia se han cometido crímenes en nombre del Estado, de la religión, de Dios mismo, y estos crímenes

han sido aprobados por las mejores almas, porque el punto capital del respeto de las conciencias permanecía en la sombra. Este punto lo había sembrado el Evangelio como un grano en la tierra obscura, y el grano ha germinado. Cuando Jesús dijo por primera vez: *El sábado está hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado*, esta novedad sonó como una blasfemia. Han pasado los siglos, y he aquí que á pesar del peso de las tiranías, las denegaciones de la justicia y la supervivencia obstinada de los abusos, en el espíritu de esa sentencia apreciamos hoy todas las instituciones, así religiosas como políticas y sociales, cuyo valor se mide por los servicios que presten y no por el poder con que pretendan imperar. El hombre, que era el último cuidado de esas poderosas organizaciones, aparece en la actualidad como su comienzo y su fin. Literalmente *los últimos han venido á ser los primeros*. Prueba esta afirmación hasta el monstruoso desplegamiento mecánico de la sociedad contemporánea. Materialmente, el hombre aparece en él como aplastado bajo la máquina sobrehumana. Pero ¿quién no ve que todo el brillo exterior de una civilización y todo el poder de sus aparatos se refieren al hombre y no valen más que por el hombre? Olvidad esto, y los acontecimientos se encargarán de recordároslo con su formidable voz. Olvidad al hombre, y todas las glorias de la civilización por su base se derrumban. He aquí una

verdad que la experiencia diaria nos enseña con claridad más impresionante cada vez, y que corre por nuestras venas como un escalofrío de angustia en las horas que consideramos en qué flagelo devastador podría convertirse la ciencia en manos de un solo criminal. Entonces el más ciego ve que la fuerza de las fuerzas, el factor de los factores, aquello de lo que todo depende y por lo que todo se edifica ó desploma, es el elemento humano. Esto se demuestra en la irradiación de creaciones de belleza y bondad, y se demuestra también en el gesto espantable de los cataclismos. Acabaremos por quedar de ello de tal modo convencidos, que esta verdad nos libertará. Ella está en marcha desde el presente contra el realismo inferior, subordinación del espíritu á las fuerzas brutales ó del hombre á las cosas, y contra la negación de lo que hay de más positivo en el mundo. Sí; está en marcha y nadie podrá detenerla.

Es de notar que somos bastante sensibles á la sonrisa del ideal para no tener necesidad de ser convertidos por los varapalos de las represalias calamitosas. Nos fortifican en esta esperanza hechos de un orden muy elevado y muy reconfortante, aunque, á mi juicio, no se detenga en ellos la atención con la claridad suficiente: me refiero á todo lo que nos ofrece de belleza oculta el mundo de los investigadores. El materialismo en las costumbres tiene, en este mundo, uno de sus más nobles con-

trapesos. La caza del dinero, el arrivismo, la sed de placeres fáciles, la flojera de las voluntades, el hundimiento en vulgares y superficiales aspiraciones, el lujo real y el de pacotilla, toda la mercancía averiada del realismo inferior, ponédla en un platillo de la balanza y en el otro ésto: *la sinceridad, la abnegación, el espíritu de sacrificio de los investigadores*, y veréis que ésto pesa más que aquéllo, bien como en una exposición de pintura una sola obra maestra pesa más que todos los pasteles reunidos y en cierta medida consuela de ellos.

Descorazonados por los ejemplos envilecedores en qué el hombre se degrada, algunos se refugian en el recuerdo, y alimentan sus almas leyendo la vida de los ascetas y de los pobres voluntarios. Nuestra época nos ofrece muchos ejemplos de este género. ¿Qué pobreza más voluntaria que la del investigador? ¡Cuántos de nuestros contemporáneos, impresionados por la incertidumbre de nuestros conocimientos y la fragilidad de las ideas hechas, han renunciado á esta riqueza ilusoria, y valerosamente se han constituido en investigadores, para rehacer su fortuna por la base! San Francisco de Asís lo abandonó todo; éstos también. En todos los dominios del pensamiento y de la actividad, á fin de reconstituir con los elementos más seguros el patrimonio humano, tales espíritus se han hecho peones camineros del porvenir. Esto es muy bello y hasta grande en su aparente sencillez. Todo el

heroísmo oculto, en actividad entre estos investigadores, contrabalancea el peso muerto de energías perdidas y de vidas fracasadas.

Unid á los investigadores los decididos, los bravos, los abnegados de todo género. La vida moderna consume una provisión enorme de espíritu de sacrificio. Si hay muchos arrivistas, hay también más olvidados y anónimos que nunca. ¡Cuántos seres que no son más que números, y hasta números que nadie inscribe, cumplen obscura, pero magníficamente, con su deber, y recaen en la balanza invisible en que nada se pierde! Su número desconocido sobrepuja las cifras conocidas. Estos sacrificados son la fuerza del mundo, la sal de la tierra, el rescate de los *déficits*. Para entrever estos hechos, es preciso ir á descubrirlos entre esas existencias y aun ser de su número en la medida en que toda vida supone una parte (la más bella) de sacrificio. Pero el día en que, bajo las apariencias miserables ó brillantes, humildes ó cínicas, de la vida habitual, se ha descubierto el secreto de esas irradiaciones, invisibles á nuestras miradas ordinarias, lo invisible se hace más real que lo visible. No solamente le eclipsa la gloria de los aspectos exteriores, sino que la depravación y el mal, por persistentes que sean, pierden mucho de su persistente carácter. La secreta sentencia que los marca con su signo aparece desde entonces como una sanción, y, en un goce íntimo del alma, se percibe el alcance

de esta frase misteriosa del Cristo: *He visto á Satanás caer del cielo al abismo como un relámpago.*

Es, pues, indudable que estamos enfermos, pero no que muramos. Yo siento que nuestra época lleva en sí las fuerzas saludables que contribuirán á rejuvenecerla, á hacerla renacer, á aproximarla á su ideal, y por ello *es preciso predicar á los convertidos.* No me acuséis de sustentar una paradoja. Sabed que no hay trabajo más fecundo que el de predicar á los convertidos, cuando no lo están completamente, porque esto equivale á fortificar su convicción. ¡Cuántos no están convertidos más que á medias! Y, sin embargo, únicamente por la fuerza de las convicciones puede marchar segura la humanidad. Si el realismo inferior que tanto trabaja y se manifiesta por el desprecio del débil, de la mujer, del niño y del anciano, si este materialismo práctico gana terreno y prospera, es porque muchas gentes valerosas no tienen clara conciencia de su juicio. Para impedir que las habitaciones se enfríen, es preciso que la estufa esté más caliente que el resto de la casa. Si el tren ha de avanzar, requiérese que la locomotora sea más enérgica que los vagones. ¡Siempre es una *élite* lo que arrastra la masa y la penetra con su alma ardiente! Si sabemos obrar con arreglo á este principio, nos serviremos del bien que abunda en nosotros y en nuestro derredor, á fin de combatir el mal y hacer retroceder las fronteras de su imperio.

A los que me escuchan con el deseo sincero de aprestarse al buen combate, les daré, para terminar, dos consejos prácticos, que forman parte de un método estratégico. Porque nada se hace ni se ha hecho nunca en este mundo sin orden, sin valor, sin fidelidad, sin disciplina y sin atención á las pequeñas cosas.

El primer consejo consiste en que observéis vuestros actos en relación con el pasado y el porvenir. Quien vive mal carece á la vez de uno y otro. No debéis ser sectarios del fragmento de tiempo que se llama el presente, único momento que calculan los materialistas. Para ellos, el gran asunto es el *ahora*. Gocemos y poseamos cuanto sea posible. ¡Después de nosotros, el diluvio! He aquí, en su cinismo, la divisa materialista: sentarnos á la mesa y devorar, sin preguntarnos quién ha suministrado la comida y ganado el pan, ni si quedará algo para los que vengan después de nosotros. ¡Desgraciado el que no conoce más que el presente! ¡Es un efímero, y cualquiera que sea el sentimiento que tenga de haber arraigado en un terreno sólido, es un desarraigado! Por las mil raíces que nos unen al pasado sobrepujamos el materialismo del presente, y vivimos en algo lejano, espiritual y profundo, que es la veneración y el recuerdo de las buenas y antiguas tradiciones. Si el presente nos pertenece, es como continuación del pasado; y comprendiendo la cohesión de las edades, comprendemos *ipso facto*

que lo que hemos recibido y lo que somos, lo debemos al porvenir. Todo ser preocupado únicamente del presente sufre su tiranía. La esclavitud del presente es humillante y miserable, envilece los caracteres y restringe el horizonte. La piedad hacia el pasado y el cuidado del porvenir nos emancipan de esta servidumbre. Preguntémonos cada mañana si hemos de merecer el honroso título de hombres. ¿Obramos como dignos sucesores de los antiguos? ¿Somos buenos precursores de las generaciones futuras? Ya sé que hay un materialismo de la tradición. Y, ciertamente, no será éste el que nos libertará del otro. Trátase de ser los continuadores de nuestros padres, no sus serviles repetidores. Debemos reparar sus injusticias, y no perpetuarlas, por el fetiquismo del recuerdo. Para edificar con la labor del pasado y del presente la ciudad del porvenir, no basta construir tumbas á los profetas, sino que hay que marchar sobre sus huellas por medio de obras vivas y hacer reflorar en nuestra alma lo mejor del pasado.

El segundo consejo es éste: poner alma en nuestros actos diarios y habituales. Si hay muchas filosofías, no hay más que dos grandes maneras de comprender, y, sobre todo, de practicar la vida: la una, vivirla maquinal ó brutalmente, y lo que es peor, tratarla como cosa profana y mediocre; la otra, vivirla con alma y corazón y tratarla con respeto. La primera manera de vivir genera todas las ruinda-

des, cuyo ramillete constituye el materialismo práctico; todo lo toca con sus manos manchadas y frías, envileciendo con su contacto los seres y hasta los objetos, desluciendo aquello de que se usa, imprimiéndole su impura marca; y cuanta más belleza encuentre, más instintos de destrucción, de depravación, de bajo y feroz egoísmo excitará. La segunda manera de vivir consiste en moverse á través de las cosas como á través de un santuario. Impregnada de su valor sagrado é íntimo, toca á los hombres y á las cosas, á los bienes espirituales y materiales, á los mismos útiles de la diaria labor, como tocaría á los vasos sagrados del altar. Nacer, trabajar, sufrir, gozar, amar, morir, todo por esta manera de vivir se presenta rodeado de un aspecto venerable. Tal es la potencia buena y regeneradora que hay que oponer al realismo inferior, filoxera de la viña humana.

Poner alma en nuestra vida es la única manera de impedir que no sea una larga decadencia. El que poniendo su gloria en llamarse Hijo del Hombre, ha consagrado como divina para siempre la pobre vestidura de nuestros días mortales, Jesús el Cristo, nos ha dado el ejemplo de una vida entendida así. En la última noche de su breve y luminosa carrera la simbolizó en la comida que desde entonces celebramos en recuerdo suyo. Esta sencilla y sublime lección de cosas muestra cómo en la vida puede ponerse alma.

La comida es un símbolo de la vida. Podría representarse el realismo inferior por una de esas comidas groseras en que los apetitos rivales se desbordan y se disputan las más gruesas tajadas. Pero la comida humana y fraternal, la comida en que reina un espíritu hospitalario, ¿no es la más preciosa imagen de la comunión de los seres? Toda la inmensa distancia que separa lo bruto de lo espiritual está en estas dos comidas. En la primera se desgarran y se devora, para acabar como sepultado bajo los alimentos y privado por la bebida. En la segunda, se alimenta uno con lo necesario y se da á los demás lo mejor de lo que se tiene, estableciendo así el reinado de la fraternidad y de la justicia. El trabajo, el amor, todo lo que es humano, presenta las mismas alternativas de ruindad y de belleza, de potencia destructora y de potencia vivificante. Según que pongáis en ello el espíritu de profanación ó una idea de fidelidad y de benevolencia, moriréis ó viviréis, construiréis ó destruiréis la ciudad. ¡Bella y noble vida la que, partiendo el pan, fruto del sol de Dios y del dolor del hombre, come en él fuerza y se nutre de reconocimiento y de libertad; alta y fecunda vida la en que el trabajo, por modesto que sea, se ofrece de verdad á los otros, de suerte que pueda decirseles: *comed, éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre!* Viviendo así, se vive en la unidad. La fuerza misteriosa del pasado, la benevolencia para los contemporáneos y el

empuje victorioso del porvenir, se entremezclan en nuestra alma y comunican á nuestros actos una irradiación irresistible. Bajo nuestras manos transformamos lo efímero en eterno.

Tenemos necesidad de esta revelación de vida, llena de poesía, de belleza y de sol. No está lejos de nosotros, sino en nuestro poder, á nuestro alcance y ante nuestros ojos. ¿No sentís todos los días, cuando sois esclavos de ciertas concepciones contrarias á vuestros principios y á vuestro íntimo ser, no sentís que podríais llevar una vida mejor?

Preciso es tener el valor de convertirse á una humanidad más alta y más bella. Preciso es tener el valor de sacudir la capa llena de basura y de polvo con que el materialismo práctico oprime nuestras espaldas y que arrastramos por todas partes á través de nuestros actos. Preciso es tener el valor de ser hombres sencilla y tranquilamente ante Dios y ante nuestros hermanos. Entonces recibiremos en nuestros sentimientos, pensamientos y acciones la traducción de una verdad, que será como un alba sobre nuestra frente.

Y he aquí lo que quería hacer presente al hablaros de todo ese materialismo que nos rebaja. ¡Valor contra él! No ha nacido antes de salir el lucero de la mañana, y morirá antes que aparezca el lucero de la tarde. Veremos su fin, á buen seguro.

Percibid al Eterno en la hora que pasa, y viviréis. No seréis esclavos terribles de las circunstancias,

del dinero, del placer y del dolor, sino que seréis almaslibres, con esa libertad que cada cual se confiere á sí propio, allí donde cada cual, en lo más profundo de su ser, se comunica con la fuente divina.

CARLOS WAGNER,
Escritor moralista.

ÍNDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| Prefacio (de Doumergue)..... | 1 |
| El alma y el cuerpo (conferencia de Bergson)..... | 9 |
| Las nuevas concepciones de la materia (conferencia de Poincaré)..... | 49 |
| El materialismo y los datos actuales de las ciencias de la vida (conferencia de Friedel)..... | 67 |
| El materialismo y la economía política (conferencia de Gide)..... | 85 |
| El materialismo y la literatura (conferencia de Witt-Guizot)..... | 103 |
| Del naturalismo al idealismo en la literatura (conferencia de Riou)..... | 147 |
| El materialismo en el teatro (conferencia de Roz).. | 185 |
| El materialismo en las costumbres (conferencia de Wagner)..... | 213 |

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MEXICO, 1925 MONTERREY, MEXICO